

Sediento de besos veo  
temblar tus carnes morenas;  
y la fiebre del Deseo

esculpe, como a cincel,  
el relieve de tus venas  
sobre el bronce de tu piel!

EL ALTO  
DE LOS BOHEMIOS  
(1899-1900)

PRELUDIO INTERIOR

A SILVIO REVELLO

Yo en un edén de amores quiméricos vivía,  
cuando con su lenguaje tentador y elocuente,  
enroscada en el árbol, me indujo la serpiente,  
a morder las manzanas de la sabiduría.

Fui esclavo de la tierra. Su liviana armonía  
dió a mis lascivos cantos la maliciosa fuente,  
y en los surcos estériles malogré la simiente  
de todo lo que dentro de mi sér florecía!

Huiré solo, al desierto. Viviré en mi caverna,  
a los pies de mi alma, la atormentada eterna;  
y mientras ella, dócil, mi negra historia olvida,

yo encerraré en un libro los recuerdos dispersos,  
y en vez de unir mi vida al ritmo de mis versos,  
ajustaré mis versos al ritmo de mi vida!

## EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

A ANTONIO MACHADO

La lámpara esparce sus tenues fulgores;  
y ágil y nerviosa, tu pálida mano,  
un canto, que evoca remotos amores,  
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda a la aurora;  
surgen los preludios de la serenata;  
vuelan hojas secas, y una fuente llora,  
monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas, ladran los lebreles;  
a fiesta convoca la alegre campana;  
y entre panderetas y entre cascabeles,  
se acercan las músicas de una caravana...

¡Ajustos bohemios, reyes andrajosos,  
que cruzáis del mundo los vastos confines,  
siempre pen sativos, tristes y ojerosos,  
sollozando amores en vuestros violines...

¡Parad un instante bajo mi ventana,  
y con vuestros cantos calmad mi amargura,  
que quiero mostrarte mi mano, gitana,  
para que me digas la buenaventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,  
barbas desgrednadas, ojos asesinos...!  
¡Vuestro último canto se llevan los vientos  
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina,  
que hoy gimes amores bajo mi ventana...!  
Dime, eco ligero, fugaz golondrina:  
—¿Bajo qué balcones gemirás mañana...?

¿Dónde vas inquieta y hábil tañedora  
de un arpa que vibra doliente en mi reja...?  
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,  
y que con el eco de tu voz se aleja!

¡Cabellos de oro, perfil vacilante,  
labios enfermizos, grandes ojos claros  
donde mi esperanza contemplé un instante,  
¿junto a qué camino volveré a encontraros...?

La música errante se va lentamente  
como los rumores de una serenata,  
y sólo se escucha la voz de la fuente  
que muere en un hilo de trémula plata!

LA SOMBRA DE LAS MANOS

A RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

¡Oh, enfermas manos ducales,  
olorosas manos blancas...!

¡Qué pena me da miraros,  
inmóviles y enlazadas  
entre los mustios jazmines  
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,  
mano de ensueño y nostalgia,  
hecha con rayos de luna  
y palideces de nácar...!

¡Vuelve a suspirar amores  
en las teclas olvidadas...!

¡Oh, piadosa mano mística...!  
Fuiste bálsamo en la llaga  
de los leprosos; peinaste  
las guedejas desgredadas  
de los pálidos poetas;  
acariciaste la barba  
florida de los apóstoles  
y los viejos patriarcas;  
y en las fiestas de la carne,  
como una azucena, pálida,  
quedaste en brazos de un beso  
de placer extenuada...!

¡Oh, manos arrepentidas...!  
¡Oh, manos atormentadas...!

En vosotras han ardido  
los carbones de la Gracia!

En vuestros dedos de nieve  
soñó amores la esmeralda;  
fulguraron los diamantes  
como temblorosas lágrimas,  
y entreabrieron los rubios  
sus pupilas escarlata!

Junto al tálamo florido,  
en la noche epitalámica,  
temblorosas desatasteis  
de una virgen las sandalias!

Encendisteis en el templo  
los incensarios de plata;  
y al pie del altar, inmóviles,  
os elevasteis cruzadas,  
como un manojo de lirios  
que rezase una plegaria!

¡Oh, mano exangüe, dormida  
entre flores funerarias...!

Los ricos trajes de seda,  
esperando tu llegada,  
envejecen en las sombras  
de la alcoba solitaria...!

En la argétea rueca, donde  
áureos ensueños hilabas,  
hoy melancólicas tejen  
sus tristezas las arañas!

Abierto, te espera, el clave;  
y sus teclas empolvadas  
aún de tus pálidos dedos  
las blancas señales guardan!

En el jardín, las palomas  
están tristes y calladas,  
con la cabeza escondida  
bajo el candor de las alas...

Sobre la tumba, el poeta  
inclina la frente pálida;  
y sus pupilas vidriosas  
en el fondo de la caja,  
aún abiertas permanecen,  
esperando tu llegada!

¡Blancas sombras, blancas sombras  
de aquellas manos tan blancas,  
que en las sendas florecidas  
de mi juventud lozana,  
deshojaron la impoluta  
margarita de mi alma...  
¿Por qué oprimis en la noche  
como un dogal mi garganta?

¡Blancas manos...! Azucenas  
por mis manos deshojadas...  
¿Por qué vuestras finas uñas  
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,  
olorosas manos blancas...

¡Qué pena me da miraros,  
inmóviles y enlazadas,  
entre los mustios jazmines  
que cubren la negra caja!

### EL JARDIN DE LOS BESOS

Ya no cruzamos el jardín sombrío  
por la estrecha avenida solitaria...

El cruel vampiro del Otoño absorbe  
la sangre de las rosas deshojadas;  
y en el fondo del parque, resbalando,  
como caricia de sutiles alas,  
el eco moribundo de tus besos  
nuestros amores imposibles canta!

Y es tan doliente la canción, que el aire  
 tiembla medroso entre las mustias ramas;  
 las lechuzas, pupilas de la noche,  
 esconden la cabeza bajo el ala,  
 y la Luna, amarilla y temblorosa,  
 resbala en el azul como una lágrima!

¡Oh, tus alegres besos...! Han reído  
 en la nupcial alcoba solitaria,  
 en las augustas bóvedas del templo  
 y en los sangrientos campos de batalla!

¡Oh, tus piadosos besos...! Se han posado  
 en el seno de todas las desgracias,  
 en los labios de todas las heridas  
 y en la frente de todas las nostalgias!

¡Oh, la divina música armoniosa  
 de tus besos...! Gorjea entre las ramas  
 del limonero en flor; lanza en la fuente  
 su penacho de frescas carcajadas;

como enjambre de risas aletea  
 en el rosal que alegrá tu ventana;  
 duerme en el arco del violín; suspira  
 en la errante y nocturna serenata,  
 y en las blancas cortinas de mi lecho,  
 con perezosa lentitud resbala,  
 como rumor de encajes que se aleja  
 y en las alfombras del salón se apaga...!

La Luna muere en el azul.. La brisa  
 se duerme temerosa entre las ramas;  
 y sólo turban el silencio fúnebre  
 de la obscura avenida solitaria,  
 los temblores del musgo, donde late  
 el misterioso corazón del agua!

PERFUME ANTIGUO

A ALVARO DE CASTRO

Abrió con mano perezosa y trémula  
el viejo estuche de oxidada plata,  
y una esencia sutil de flores mustias  
derramó sus perfumes por la estancia.

El otoñal crepúsculo bruñía  
las nobles armaduras; arrancaba  
relámpagos de sangre a los damascos;  
temblaba en el cristal de las arañas;  
y un incendio de púrpura fingía  
en las antiguas lunas venecianas!

¡Tristeza de salones seculares...!  
 El viejo terciopelo tiene alma,  
 y al ondular se queja, recordando  
 historias y canciones olvidadas.

Sangran oro las pálidas molduras.  
 Crujen las sedas de los muebles... Hablan  
 de lejanos recuerdos; se refieren  
 sus últimos amores, en voz baja...

Y la leve patina de los siglos  
 con un temblor de lágrimas empaña,  
 los antiguos espejos que semejan  
 verdes lagunas de dormidas aguas...

¡Oh, quimera imposible de mis sueños,  
 visión alucinante, visión blanca,  
 que desde el fondo obscuro de ese cuadro  
 me ofreces un amor sin esperanza...!

¡Oh, busto de marfil, donde la Muerte  
 borró los tonos de la Vida...! Grana  
 de los labios risueños, rosas frescas  
 de las dulces mejillas, esmeraldas  
 de los ojos ambiguos... ¡Todo ha muerto...!

Sólo el tiempo dejó la nota blanca...!  
 Nota blanca que turba solamente  
 el fulgor de un rubí, que entre las pálidas  
 camelias de tus manos, rojo imita  
 una gota de sangre coagulada!

PAISAJE

A RAMÓN SÁNCHEZ DÍAZ

Un sol de plomo y púrpura incendia el firmamento...  
El supremo cansancio... La llama infinita...  
En un sopor de fiebre la atmósfera dormita,  
y jadeante abrasa de la tierra el aliento!

¡Todo polvo...! Se duerme aletargado el viento...  
Ni un pájaro gorjea, ni una rama se agita...  
La nota agria y aguda de la cruz de una ermita  
perturba del paisaje el tono amarillento.

Sólo alguna cigüeña, proyecta en la llanura  
su móvil sombra rápida... Entre el polvo chispean  
la punta de la lanza y el yelmo de Mambrino

del ingenioso hidalgo de la Triste Figura;  
y allá, lejos, cual brazos de un gigante, voltean  
con lenta pesadumbre, las aspas de un molino!

## ÍNDICE